

HUMOR Y ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

*Pedir gracia para alegrarme y gozarme intensamente
de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor.*

Ignacio de Loyola (*Ejercicios Espirituales*, 221)

*El amor quita esas máscaras
sin las cuales tememos no poder vivir,
y con las cuales sabemos que no podemos vivir.*

James Arthur Baldwin

*Hacer reír a la gente me parece
la más privilegiada de las vocaciones;
algo así como la de los santos.*

Federico Fellini

Un santo triste es un triste santo

Aunque en los dos temas del título soy un perfecto amateur (es decir, un perfecto ignorante ilustrado) me gusta redactar estas líneas, en este tiempo en que al padre Kolvenbach lo sucede el padre Nicolás como General de la Compañía de Jesús. Cada uno de ellos ha sembrado una justa fama de fino humor entre sus hermanos de Orden. Tampoco hay que olvidar al padre Arrupe (cuyo centenario natalicio celebrábamos hace poco), que invitaba a ingresar en la Compañía a aquellos jóvenes que, entre otras cualidades, tuvieran capacidad de reír y, aún más, de reírse de sí mismos. Bueno, vamos al grano; en esta ensalada que escribo, se ofrecen, unidos en caótica fraternidad, contenidos de espiritualidad, contenidos sobre espiritualidad, contenidos de humor y contenidos sobre humor; que ayuden, y que el Señor se apiade de los lectores y de mí.

Es proverbial el buen humor mostrado o recomendado por figuras como santa Teresa de Jesús, san Bernardino de Siena, san Felipe Neri, el beato Juan XXIII y muchos otros, con cantidad de maravillosas anécdotas. San Ignacio de Loyola no alcanzó en esto tanta fama como otros santos. Sin embargo, algunos contemporáneos lo describían con diversos rasgos sugerentes: ojos alegres, deseo de contentar y capacidad expansiva; y por ahí quedan recuerdos de ello. Fue célebre, por ejemplo, la visita a un enfermo algo delicado, a quien Ignacio le preguntó qué podía hacer por él. El enfermo le pidió que le bailara algún baile de su tierra, e Ignacio así lo hizo, con su pierna coja, fiel recuerdo de sus heridas en la defensa de Pamplona. El enfermo se divirtió y contentó tanto con la irrepetible escena, que hasta experimentó mejoría. A cambio, Ignacio le aseguró que le contentaría en

lo que pudiera, pero también le suplicó que no le volviera a pedir más bailes; vio muy claro que, en cuestiones de coreografía, tenía literalmente mala pata.

Aunque Ignacio era muy reservado sobre su vida interna, de cuando en cuando se le escapaba algún detalle delator, como refiere aquel apunte en su *Diario espiritual*, sobre la hilaridad con que salió de alguna Misa, de lo contento y consolado que Dios lo puso. Se le recuerda mucho por sus lágrimas, pero entendidas como expresión de la vivencia de un profundo amor; algo muy distinto a lo de ser un llorón profesional. Es cierto que no le gustaba la bulla ni la carcajada desacompasada. Pero, cuando algunos jesuitas, que se las daban de serios, le vinieron con que el Hermano Coster se reía demasiado, el Maestro Ignacio (que había calado al buen Hermano, y olía de lejos lo que es o no es de Dios) lo animó a seguir riendo, porque en su caso había mil razones para estar contento, y ninguna para estar triste. Pero no consta qué les dijo a aquellos padres tan solemnes, que quizá pretendían ser más ignacianos que el mismo Ignacio.

El arma secreta de san Ignacio, en sus Ejercicios Espirituales, es el discernimiento. Ahora bien, historias como la del Hermano Coster dejan entrever que entre el discernimiento espiritual y el buen humor hay una comunicación mutua. El buen humor hace mucha falta para el discernimiento, y el discernimiento hace mucha falta para el buen humor. El humor puede conducir a Dios y venir de Dios, o servir para evadirnos de Dios, de la gente y de la vida. Elíjase el humor sano. Por otro lado, a nadie le convence alguien que predica la alegría y el amor de Dios, si siempre le pone a la gente una cara como de que todo le huele a cañería rota.

Sobre el poder y la vida cotidiana

El humor ha tenido dos filones inagotables en la política y la vida de cada día. Los personajes del poder suelen ponerse más nerviosos con los humoristas que con los opositores de discurso muy serio. Puede dar fe de ello el pintor y humorista Pedro León Zapata, de cuyas caricaturas no se ha salvado ningún gobierno venezolano desde los tiempos del presidente Raúl Leoni (1964-1969). Una de las muchas distinciones ganadas por Zapata, se la impuso su paisano tachirenses y viejo rival ideológico, Carlos Andrés Pérez, para entonces presidente de Venezuela por primera vez. Se cuenta que, estando ya Zapata ante el festivo Pérez, a éste se le ocurrió soltarle esta perla: “¡Quién iba a decir, Pedro León, que yo lo iba a condecorar!”; a lo que, muy sereno, contestó Zapata: “La vergüenza es para los dos, señor presidente”.

A algunos, el tema del humor les parece bueno para la crítica política, pero demasiado liviano ante el sufrimiento de la gente. Pero lo cierto es que el humor ha sido una gran terapia para personas y pueblos atribulados, y en eso el pueblo venezolano se ha revelado magistral. De entre las muchas ocurrencias humorísticas de gente sencilla que recuerdo, hay una anécdota estupenda de la señora Carmen, que levantó sola a sus hijos con

mucha valentía. Estaba cansada de tantas promesas electorales que, una vez estrenado el nuevo gobierno, se iban de vacaciones hasta la siguiente elección. Pues resulta que, en una de las campañas, un conocido le preguntó:

- Señora Carmen, ¿y usted por quién va a votar esta vez?
- Pero bueno, chico, ¿y por quién va a ser? ¡Por el partido de Gómez!
- ¿Y qué partido es ése? Yo no lo conozco...
- Mira, mi amor: el partido de Gómez es que el-que-no-trabaja-no-come.

La señora Carmen se hizo eco de la exhortación socrática con la que, para pasmo de los siglos venideros, el inolvidable actor cómico Jorge Tuero finalizaba algunos de sus números: “¡Jamás olviden, compatriotas, que los gobiernos pasan, pero el hambre queda!”

La crítica humorística al poder es tan frecuente, porque se trata de un lugar privilegiado para divisar interesantes facetas de eso que llaman la condición humana (o inhumana, según los casos). Pero también la vida de cada día ofrece miles de oportunidades para ello, y está más enlazada de lo que creemos con otros modos de poder y otras clases de ensoñaciones electorales o despertares amargos. ¿A quién, o a qué, le otorgamos poder real, no meramente teórico, sobre nuestras decisiones y acciones cotidianas? Aquello que nos impulsa y gobierna, ¿qué máscaras nos obliga a llevar, y qué juegos o papeles nos pone a jugar?

Además, Dios no está en nuestras teorías, ni en algún lugar imaginario, donde pretendemos confinarlo para que no moleste. Dios está en la vida de todos los días, y la espiritualidad sólo se puede vivir justo allí, no en la estratosfera. Si afinamos el radar, la vida es el único escenario donde se dan las oportunidades para toparnos con Dios y con el humor. El discernimiento espiritual es a la vida, como el humorismo a la política: una herramienta idónea para detectar quién o qué nos gobierna, y cómo nos hace actuar, en la labor diaria de tejer nuestra existencia en relación con Dios y los demás. Si se plantea además una alianza entre el discernimiento y el humor, hay posibilidades muy prometedoras para avanzar en libertad y autenticidad.

¿Quién soy? ¿Quiénes somos?

Jesús les preguntó a los discípulos quién decía la gente que era, y quién era según ellos. Pero los discípulos no iban a descubrir mejor quién es Jesús, sin descubrir cada vez más quién era cada uno de ellos. ¿Sé quién soy, y quién es cada uno de los que conozco? ¿Coincide lo que soy con lo que creo que soy?

Una señora muy especial –y famosa por su mal carácter– se creyó que su arte (por llamarlo de alguna manera) le daba treinta vueltas a Armando Reverón y, si la apuraban, a Picasso y Kandinsky. Una vecina tuvo el dudoso privilegio de que la presunta pintora la llamara a cada rato, para que ‘apreciara’ por voluntad propia (de la artista, no de la vecina) todo engendro estético recién producido. La vecina debía salvar a la vez su honestidad,

ironía y pellejo, detrás de una frase suficientemente neutra. Así que, ante cada nuevo mamarracho artístico, decía invariablemente: “Bien bello que te quedó, mi amor”.

En nuestros papeles prestados, bailamos al son de los cánones dictados por la familia, los compinches, la moda, la publicidad, la propaganda subliminal, y no sé cuántas cosas más. Al afrontar tanto préstamo de papeles ajenos o postizos a un interés tan alto, con razón anda uno con esa cara permanente de crisis hipotecaria. Quizá nos creemos que, sin discernimiento, ya somos nosotros mismos, perfectamente libres. Sólo necesitamos una vida trepidante, quizá como la del chamo que gritaba en su moto: “no sé hacia dónde voy, pero eso sí, voy a toda mecha”. Descuidamos la recomendación ignaciana de que los medios elegidos sean los más conducentes al fin fundamental de la vida. Con la confusión, imitamos a aquel despistado que (honrando el “Manual del nuevo rico”, de Aquiles Nazoa) no terminaba de enterarse de que el paseo con su amada, en Venecia, era para hacerlo en góndola, no en gandola.

Discernir

El discernimiento diario de nuestras experiencias de consolación y desolación, es un instrumento excelente para detectar nuestras tendencias particulares de estar en paz, o echarnos al monte como la cabra. Eso de conocerse uno, es un poco como la tipología de los que se pasan de tragos: unos ríen, otros lloran, otros cantan, otros regalan la casa con todo, incluida la abuelita, y otros buscan pelea (y, en este caso, los venezolanos suelen advertir: cuidado con Fulano, que tiene ‘muy mala bebida’). Con el paso del tiempo identificamos los procesos por los que se pasa de un buen impulso espiritual a una piratería impresentable (como aquel político del que decían que iba de victoria en victoria, hasta la derrota final). Se descartan trampas clamorosas, autogoles y confusiones entre medios y fines. Se aprende a remar en etapas de desolación, con paz y perseverancia, y con algunas leyes sumadas al lema de “*patientiam habeas pedicula quia nox longa est*” (que no sé si es de Cicerón o de algún otro, pero en criollo se traduce por “paciencia, piojo, que la noche es larga”). Aun en Mozart –el ‘músico de la creación sin pecado’– no todos los movimientos son de ‘*allegro vivace assai*’.

Aprendemos a reconocer y neutralizar las falsas consolaciones, en las que –según san Ignacio– el enemigo se disfraza de ángel de luz: que si serviremos mejor a Dios en tal otro sitio; que si seremos más felices de esta otra manera, para ayudar a los otros; que si en tal parte habrá más fruto, porque no nos miran tan feo como en tal otra; y tantos otros espejismos, con los que, como dice nuestro pueblo, uno termina quedándose sin el chivo y sin el mecate. Las falsas consolaciones son como la historia del ratón que oyó el sonido característico de otro ratón, salió confiado de su guarida y, ¡pum!, el gato lo atrapó. El ratón le reclamó: “tramposo, en vez de hacer como un ratón, deberías maullar”. Y el gato le contestó: “te pido perdón con toda el alma, mi hermano, pero en los tiempos que corren, el que no habla dos idiomas se muere de hambre”.

Aprendemos también a evitar tomar decisiones en tiempo de desolación, para no apropiarnos de la memorable declaración de Cantinflas: “hasta ayer estábamos al borde del abismo, pero hoy nos atrevemos a dar un decidido paso al frente”. Mientras se llega a la “asaz (mucho) experiencia de consolaciones y desolaciones” de que habla Ignacio, hay que aplicar el humor para seguir aprendiendo con humildad, y cuando viene alguna situación difícil de atajar, hay que dejarse de dramas y aprender a cantarles aquellos versos populares, que pueden fungir como Himno de los aprendices desentrenados:

Ahí viene la cabra mocha de Josefita Camacho.
Es mocha e' los dos cachos,
del rabo y las orejas,
y es por eso que no deja
que la agarren los muchachos.

(Pido perdón a los puristas del idioma por el pecado ajeno de esa construcción, “es por eso que”; pero los tales puristas saben de sobra que el idioma cuya corrección defienden, no es sino latín –una especie de inglés de otros tiempos– muy mal hablado, con otras mezclas. Total, que el idioma horrendo de hoy puede ser el idioma correcto de mañana. Aunque tampoco vendrá mal hablar bien, hoy, el idioma mal hablado de ayer)

Sobre todo, se va aprendiendo a no jugar a ser Dios, sabiéndolo o sin saberlo, pretendiendo que Él se ajuste a mis intereses materiales o mentales. En el mundo de los dos loquitos del humorista Eugenio, uno le dice al otro: “me lanzaré por el puente, porque Dios me lo ordenó esta mañana”; y el otro le replica: “idiota, esta mañana yo no te ordené nada”. Pero estos dos son los más inofensivos. Otros han jugado a ocupar el lugar de Dios, para terminar ocupando el del diablo, por el infierno fabricado. Discernir es distinguir entre lo que nos figuramos que es la voluntad de Dios para nuestra vida, y lo que realmente es.

Hay que elegir cuidadosamente los medios de discernimiento. Leí por ahí que a un hombre (más perdido que Atila cantando aguinaldos) le dio por averiguar la voluntad de Dios, abriendo la Biblia con los ojos cerrados. Se creía él que, donde su dedo señalara, aparecería lo que tenía que hacer. Una primera vez, abrió la Biblia, señaló y miró; la frase era: “Y Judas acordó entregar a Jesús por treinta monedas”. El hombre pensó que debía haber algún fallo de procedimiento. Volvió a abrir, señaló por segunda vez, y ahora la frase era: “Y Judas se ahorcó”. Ya muy nervioso, decidió, por si acaso, probar el método por tercera vez; y la frase final era: “Lo que has de hacer, hazlo pronto”. ¿Cómo te quedó el ojo? Oído al tambor: si uno no sabe con qué receptores capta un mensaje, no verá lo que quiere el remitente, sino sólo lo que uno quiere o puede ver.

Ya no me defiendas, compadre

Cuando jugamos neciamente a saber cuál es la voluntad divina, pero en realidad hacemos lo que nos sale del páncreas, nuestra presunta relación con los demás y nuestra

disposición de ayudarlos espiritualmente se vuelve un desastre, porque –advierde Jesús– un ciego no puede guiar a otro, o los dos caerán en el hoyo.

Quizá uno cree que sintoniza con el otro y su necesidad real, cuando más bien proyecta sus propios demonios internos. Nuestra ayuda, oficialmente desinteresada, puede ser en el fondo una imposición y una carga insoportable para la persona ayudada. Entonces, la supuesta ayuda se parece a la imposición de ciertos nombres, que tienen más que ver con los fantasmas internos de los progenitores, que con el puesto del hijo en el mundo. Hay una reciente costumbre, entre algunos latinoamericanos, de poner nombres muy curiosos. Algunos son contruidos a partir de unas letras o sílabas del nombre materno y otras del paterno. En unos casos puede salir algo aceptable, y en otros, como en el caso de una Petronila y un Leonardo, el hijo corre el alto riesgo de llamarse Petardo o algo parecido. No digamos si (¡caso real!) le ponen de nombre Batman, con lo que el pobre muchachito debe soportar de sus amiguitos, condiscípulos y demás, los continuos encargos de saludos para Robin, el Pingüino y Gatúbela, hasta que llegue a la mayoría de edad, para poder acudir por sí mismo al registro a quitarse de encima ese chicle. Con algunas ayudas sucede igual que con esos nombres: no se sabe si se trata de un respaldo o de una venganza. Para entender y ayudar bien al otro, es mejor dejar de ser uno el centro de tan magno escenario de heroicidad.

Quizá uno sea muy desprendido en lo personal, pero incapaz de ayudar de la manera más eficaz y prudente. Como en la historia de un jesuita que era capaz de quitarse la camisa para dársela a los que le pedían ayuda, pero por lo mismo se metía en enredos tan grandiosos como innecesarios. Un hermano vasco, de pocas palabras castellanas y grandes definiciones, comentó al respecto: “padre Fulano, gran corazón; cabeza no acompaña”. Qué grande es la filigrana de distinguir la brumosa frontera entre valentía y temeridad, o la otra, entre prudencia y cobardía.

El examen diario de nuestros pensamientos y afectos (junto con un acompañamiento periódico cualificado de algún otro conocedor del método ignaciano), es el modo de pulir nuestra brújula personal. Tiempo al tiempo. Como decía aquél, más sabe el cornúpeta por gerontócrata que por cornúpeta; hagámosle la competencia.

Amor incondicional

El objetivo de los Ejercicios Espirituales es situarnos al alcance de una experiencia telúrica del amor de Dios, para elegir de su mano nuestra ruta. No es el saber mucho, sino sentir y gustar internamente, advierde Ignacio. Pero ese Dios no es ninguna entelequia a la carta. Es contemplado en la humanidad concreta de Jesús. Una humanidad que no es laboratorio de análisis, ni silogismo frío, ni teoría abstracta, sino un encuentro con un Crucificado Resucitado. Jesús realiza un intercambio de amor, que asume todo el dolor,

pecado y muerte de las personas amadas (incluso las poco dispuestas a corresponder) para sanarlas y regalarles, a cambio, su vida y alegría.

La desproporción descomunal del intercambio, es la señal de un amor más grande que todas las circunstancias. Los seguidores más fieles del Señor han abrazado con alegría este estilo. Si Él dejó la gloria por todos, no podrán menos de preferirlo a Él sobre todo, y amarlo en todas las personas y cosas, y a todas en Él. Pero el amor verdadero es como una especie de muerte, y mucha gente tiene de ordinario un miedo enorme a un amor de verdad y a la muerte. Con las resistencias a vivir un amor de verdad, se buscan trampas conscientes o inconscientes para domesticarlo; como decía un párroco amigo, en algún lado la pareja dejó de lado el guión de “Romeo y Julieta”, para empezar el de “Durmiendo con el enemigo”. Por otro lado, se intenta banalizar la muerte para ‘tranquilizarse’; lo evidenciaba un programa radial colombiano que anunciaba como su patrocinador a “Funeraria Roberto, donde le armamos la fiesta y le prestamos el muerto”.

Pero Jesús nos pide amarnos como Él nos amó, y nos indica que nadie tiene amor más grande que aquél que da la vida por los amigos. Por otro lado, ¿crees que tienes grandes posesiones que cuidar, materiales, o de reputación, o de otro tipo? No sabes si esta misma noche te pedirán la vida. Los que aceptan que no se poseen ni a sí mismos, los que salen de la experiencia de los Ejercicios muy afectados por este amor desbordante, no pueden responder sino desde esa misma libertad. Los que empiezan a sentirse tocados por este amor, ya se dejan de máscaras y parapetos; no tienen nada que perder. San Pablo dice que ya no vive él, sino Cristo en él. Que lleva por todas partes en su cuerpo la muerte de Jesús, para que la vida de Jesús se comunique a su gente. Que siempre está contento y rebosando de alegría en medio de sus luchas. Que donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad, y los discípulos, sin velos, reflejan a rostro descubierto con resplandor creciente la gloria del Señor.

Pero el grano de trigo no da fruto si no muere. Morir y volver a nacer es la raíz para saber reír; para disfrutar de un amor más grande que todas las luchas y penalidades, con el poder para iluminarlas y mantener la libertad frente a los poderes de este mundo. Una muchacha, que vivía muy en serio su compromiso con Jesús, fue detenida en una época de dictadura. La acusaban de conexión con alguna red peligrosa de conspiración (sólo puede admitirse la acusación si el cristianismo es peligroso, claro). La torturaban a cierta hora, cada día, para que dijera nombres, a ver si salía alguna trama interesante. Un día, ella oyó cómo el torturador le contaba a otro funcionario lo preocupado que estaba con la fiebre alta y persistente de su niño. Al día siguiente, cuando el torturador apareció para la siguiente sesión de interrogatorios, ella le preguntó si su hijo estaba un poco mejor. El hombre fue incapaz de torturarla; le resultó evidente que estaba jugando con ella un papel realmente estúpido. En ella, el Crucificado volvía a pedir perdón para sus verdugos; en el torturador, como en el centurión romano, volvía a declararse con sinceridad que esta persona es justa.

El amor que no se cansa de perdonar, es la única fuerza que nos libera de nuestras máscaras, y abre el camino a la alegría auténtica, la convivencia fraterna y la risa sana.

El humor y la esperanza

El humor que es bueno de verdad, viene de la esperanza regalada por el amor de un Dios que –según el Libro de Isaías– no se cansa ni se da por vencido nunca. Conocí a un pandillero que, sin haber alcanzado la mayoría de edad, era mucho más experto con la pistola que con los libros de estudio. Me confesó cuánto anhelaba pertenecer al mundo de Jesús, en vez del mundo en que se movía. Un día nos avisaron de su casa que había recogido sus cosas y se había esfumado, quizá para empezar otra vida, con otro nombre, en algún lugar lejano. Creo que lo tocó una experiencia como la de aquel ladrón crucificado (muy posiblemente por graves hechos de sangre) junto a Jesús, que le pidió que se acordara de él. El amor hizo caer las máscaras de mi amigo el pandillero, y ya no pudo ser el de antes. Que Dios lo guíe y cuide, donde quiera que esté.

No sabemos cuán cerca está cada uno de Dios, a pesar de las apariencias. No podemos perder la esperanza nunca sobre nadie. Nuestro escepticismo sobre los otros (que no es lo mismo que la prudencia para manejar complicaciones ajenas importantes) no tiene nada que ver con Dios. Cuando Dios nos regala la perspectiva con que Él mira y ama a los otros, crece nuestra gratitud y nuestro buen humor. A pesar de las cegueras, equivocaciones y pecados de la gente al interpretar y defender papeles postizos, podemos contemplar el misterio más hondo de su vida, regalada segundo a segundo por Dios. Dios viene a nuestro encuentro a cada instante, en cada hombre y cada mujer, en cada niño y cada niña. Podemos tomar la actitud de los tres verbos del Principio y Fundamento de los Ejercicios: alabar, hacer reverencia y servir a Dios, presente en los que encontramos cada día, viéndolos como a nuestra propia familia: nuestros propios padres, hermanos o hijos. En muchos de ellos, de mil maneras, Jesús comparece ante nosotros hambriento, sediento, desnudo, enfermo, preso o forastero. A Él le hacemos lo que le hacemos a sus hermanos menores. Por otra parte, Jesús prometió a los suyos que, tras las tristezas, volvería a visitarlos, y nadie les podría quitar su alegría. Cuando secundamos a Jesús, en la actitud de mirar de frente al sufrimiento, salimos al encuentro del Señor en el dolor propio o de los demás; pero esto no es obstáculo para compartir con Él su alegría, aquí y ahora mismo, y llevarla a los otros.

El Apóstol recomienda saber reír con los que ríen y llorar con los que lloran, pero tampoco hay que ir hacia los que sufren poniendo cara de paralelepípedo, y arrastrando los pies como si el calzado fuera de plomo. Inyectar humor puede ser una actitud de amor, considerando –como dice san Ignacio– tiempos, lugares y personas. Si usted, por ejemplo, va a visitar a un operado, acuérdesse de los máximos y mínimos aceptables de la cotización de una moneda, y no se ponga más fastidioso que la inflación. No le cuente al paciente unos chistes tan malos que lo depriman, retrasando su recuperación. Tampoco lo bombardee con

una carga considerable de chistes tan buenos que, a causa de los efectos vibratorios abdominales producidos por las carcajadas, al enfermo se le descosan los puntos y tenga que salir disparado por la puerta al quirófano para un nuevo remiendo, mientras usted es invitado por los familiares de la víctima, perdón, del paciente, a salir igualmente disparado, probablemente por la ventana. Acuérdense de que usted ha de ofrecer un amor de los que dan la vida, y no uno de esos amores que matan. Hágame usted el favor.

Paciencia y humor

¿Y qué hacemos con las facetas más enojosas de la gente? Cuando Fulano muestra sus mañas, propongo la táctica de decir que a Fulano volvió a darle la calambrina. Se verá si se torea a Fulano, o si se debe tomar cierta distancia que nos ponga a salvo de mañas más amenazadoras, para no salir lastimados, pero se respeta el misterio de Fulano, que aún no alcanzó un aprendizaje importante al respecto. Ya conozco la manía de Fulano, pero no califico a Fulano ni me dejo envolver en las cadenas del resentimiento. Pero, ¿qué es la calambrina? Nadie lo sabe de verdad; es simplemente lo que le da a Fulano, cuando vuelve a sus mañas. Es como lo del virus, cuando tantas veces me dicen que mi dolor de barriga, o mi fiebre, o la última moridera que me dio, se debe a un virus. Es una manera de nombrar algo que, en el fondo, no se sabe bien qué es, y sólo con ponerle nombre a eso, parece que se gana algo de tranquilidad anímica. Igual que el virus, es lo de la calambrina.

Así, el misterio de Fulano queda a salvo tanto de sus mañas, como de la conveniencia de guarecernos frente a ellas, sin rencores, con capacidad de perdón (el extremo opuesto es el de aquel general en su lecho de muerte, a quien el sacerdote le invitó a perdonar a sus enemigos, y el general le respondió que no podía, porque en la guerra no había dejado ni uno vivo). Los que –sin actitudes serviles– saben perdonar, son libres; y los que alimentan el rencor, son esclavos de la imagen deformada del que les repugna; y esto vale tanto para los conflictos cotidianos, como para la participación vecinal o las grandes luchas sociales y políticas. Bien le advierte el Señor al profeta Samuel que los humanos ven la apariencia, pero Dios ve el corazón. Aprendamos, colega, a decir con humildad y humor: “Me dio la calambrina otra vez”; “ahí vuelve Fulano con la calambrina”. Jesús vino a buscar a cuantos les da la calambrina, a los pecadores, los neuróticos obsesivos y demás miembros del club; vino a buscar y salvar todo lo que estaba perdido. Y es que, como resalta el jesuita Peter Van Breemen, cada uno de nosotros necesita mucho más amor del que se merece. Eso es justamente lo que Dios está dispuesto a darnos; y es el único remedio para no dejarnos acogotar por la calambrina y ser liberados de ésta en el momento propicio.

Cuando descubro de verdad que soy amado mucho más de lo que me merezco, y soy invitado a ser con los otros como Dios es conmigo, ya no necesito gobernarme con la ecuación esa de ‘ojo por ojo es igual a ojo al cuadrado’, que convierte mi vida en una función exponencial de mostrarle a todo el mundo el colmillo (conocida –al menos por mí– como función de ‘mostración del colmillo’ o función colmillófila). Para desdicha de

colmillófilos y colmillócratas, una investigación con profuso aparataje matemático demuestra que, cuando el límite de la función colmillófila tiende al infinito, la derivada de los resultados satisfactorios tiende a cero; pero cuando el límite de aquella tiende a cero, la derivada tiende al infinito (eso es tan claro, como lo que me enseñaron de que a los noventa grados, al nivel del mar, no hierve el agua, sino el ángulo recto).

Total, que nos sale al paso la distinción entre las actividades de ‘reírse con’ y ‘reírse de’. Me río con el otro, pero no me río del otro. Si acaso, me río de los papeles postizos del otro, como de los míos, pero lo ayudo cuanto puedo (según su ritmo de auto-descubrimiento) para que un día podamos reírnos de esos papeles. Me río de mis papeles postizos, pero no de mí. Dios me ama, ¿cómo voy a odiarme y despreciarme? Dios ama al otro, ¿cómo voy a odiarlo y despreciarlo? He de amar al otro como a mí mismo, ¿cómo voy a amarlo y aceptarlo, si no me amo y me acepto? Al otro, igual que a mí, le gustaría ser mucho más listo, agradable y generoso de lo que es. El filósofo Martin Buber dijo que el precepto “ama a tu prójimo” significa: “ama a tu prójimo, es como tú”. ¿Eres limitado? El otro también. ¿Te da la calambrina? Al otro también. ¿Esperas amnistía para tus pecados y fallos; necesitas un amor incondicional e inmerecido? El otro también. Te ríes de los papeles postizos propios y ajenos, pero no de las personas. El amor marca la diferencia entre el humor genuino y el disolvente (cuya amargura no cura heridas, sino que las empeora). Más allá de las limitaciones del otro (que las tiene igual que tú), puedes reverenciar el misterio del otro, y de la presencia de Dios en él. Éste es un hermoso crecimiento de nuestra libertad.

Orar, amar y cultivar el buen humor

Orar –dice bellamente santa Teresa– es hablar de amor con Quien sabemos que nos ama. No toda oración es propiamente de alabanza, pero la disposición de alabar, de la que habla san Ignacio, está en el fondo de todo diálogo, como memoria y respuesta ante tanto bien recibido. Sin ese diálogo, olvidémonos de salir adelante. No conozco una sola persona a la que, abandonada la oración, su vida de fe no se le desvaneciera, o se le quedara vegetando en estado de coma. ¿Por qué? Algún avisado dirá que todo es porque Dios como que no existe, no se le ve. Con una respuesta así, vamos en caída libre, porque hay otra gente por ahí a la que, si no hay diálogo, tampoco se le ve y es como si no existe. ¿Alguien conoce a un matrimonio aceptable, o una buena amistad, que hayan perdurado sin comunicación constante? Sin diálogo permanente, cualquiera (la pareja, el amigo, el vecino, Dios mismo) se convierte en un perfecto ‘don nadie’. En la vida de oración, como en todo, hay etapas de consolación y de desolación. El examen de la oración es tan importante como la oración misma, y también la ayuda de un acompañante espiritual capacitado.

Pero, en las etapas de sequedad (que pueden ser unas por pedagogía divina, y otras por descuido nuestro), no hay que desanimarse con la sensación de que parece no pasar

nada, que se pierde el tiempo. La peor oración es la que no se hace. Conozco historias de personas que decidieron mantenerse orando en algún día especialmente desabrido, y al final del rato destinado a orar, sorpresivamente, vivieron experiencias espirituales profundas, que las marcaron. La oración en las etapas áridas me recuerda lo que leí del bambú japonés: siembras la semilla, la riegas y pones abono, pero como que no pasa nada. Pasan semanas y meses, y nada; un año y otro, y nada. Pero al séptimo año, en sólo seis semanas, la planta asoma y crece más de treinta metros. En realidad, durante los siete años anteriores, se desarrollaba un complejo sistema de raíces que prepararía ese espectacular crecimiento. La semilla de bambú encierra un ataque de humor de la naturaleza, que hace morir de la rabia al impaciente, y de la risa al perseverante. Quizá podamos entender por qué el Hijo de Dios asumió en serio la condición humana, al comparar tan pocos años de vida pública con décadas de vida oculta. No hace falta en esto inventar novelas muy originales, donde no se aclara la vida oculta de Jesús, sino la vida financiera del autor.

En una experiencia genuina de amor, se alimentan mutuamente –como vasos comunicantes– la oración, la convivencia y la ayuda dada al otro o recibida de él. Cuando ocurre algo así, palpamos cómo Dios trabaja muy por encima de nuestra limitación. No le interesan nuestros éxitos, ni nuestro currículum, sino nuestro deseo de amarlo. Podremos palpar la sorpresa de sus inesperadas visitas y sus frutos, que superan abrumadoramente todas nuestras fuerzas y expectativas. Quizá nos sintamos entonces como aquel médico de terrible fama profesional, que entraba cada mañana en la sala de emergencias del hospital, para ver a los enfermos que había dejado la noche anterior; y, si los encontraba mirándolo desde sus camas, no los saludaba con un “¿cómo amanecieron?”, sino diciendo: “¿Cómo? ¿Amanecieron?”

Hallar a Dios en todo

En la Contemplación para alcanzar amor, última etapa de los Ejercicios, captamos cómo todos los dones nos vienen de un Dios irremediamente lleno de amor, para que le respondamos con un amor que se vea más en las obras que en las palabras. No es una consideración para andarse por los espacios siderales, sino el puente con la vida real: hallar a Dios en todas las cosas, todas las personas y todas las circunstancias. La vida se va reconociendo como un inmenso escenario de Ejercicios Espirituales. Si uno no aterriza en la vida real, su presunta espiritualidad padece de síndrome anti-gravitatorio. Mejor que la estudien en la NASA.

Disfruté del aprecio gratuito de dos jesuitas que vivieron en la Comunidad de la Parroquia Universitaria de la UCV, en Caracas. De ellos aprendí lecciones geniales sobre lo de hallar a Dios en todo. Uno era el padre Leocadio Jiménez, y el otro, el padre Luis María Olaso. A Leocadio, Dios lo llevó por un camino más tradicional de acompañamiento espiritual de la gente. De la contemplación para alcanzar amor, nació un consolador nato de los demás, con corazón de niño y sabiduría de raíces campesinas; y de todo ello resultó una

mezcla explosiva, humorísticamente hablando. Cuando a las personas que atendía se les prolongaban situaciones angustiosas, y le pedían más oraciones, aplicaba un método que calificaba de infalible; se iba muy serio al sagrario y le decía al Señor: “mira que tengo tiempo pidiéndote que le echés una mano a Fulanito. Así que, si sigues sin hacerme caso, se lo cuento todo a tu Mamá”. Por otro lado, fueron memorables algunos casos, como el de la muchacha que le llegó anegada en lágrimas, con su bebé en brazos, a decirle cómo el novio la enredó, la engañó, la dejó embarazada y desapareció. Leocadio la escuchó y confortó. Cuanto más serena se iba poniendo ella, más lloraba el pobre bebé, reclamando su comida, así que Leocadio le dijo: “Bueno, ‘mija’, ese muchachito es un mar de llanto, así que ya sabes el refrán: a lo hecho, pecho”. De Leocadio es la parábola más gráfica que he oído sobre el contraste entre los frutos de la humildad y la soberbia: si el pavorreal pasa a nuestro lado con las plumas de la cola bajas, sale de la escena con bastante dignidad; pero si despliega todo el plumaje de la cola, se ve impresionante mientras se acerca, pero una vez que pasó con todo ese plumaje hacia arriba, de espaldas se le ve el ‘punto’.

Leocadio vivió dos años y nueve meses más que Olaso (al que, en complicidad, llamaba ‘Olasito’). En las exequias de éste, tras la comunión, Leocadio se animó a decirle a la nutrida asistencia que Olaso había fallecido en olor de santidad. La gente estalló en aplausos emocionados. Algún jesuita sospechó que Leocadio se había lanzado a hacerle la competencia al Papa en eso de canonizar gente. Pero Leocadio puso el dedo en la llaga: la santidad es el servicio a Dios en la vida concreta de la gente. Conocía bien la profundidad espiritual que impulsó a Olaso a entregarse a la defensa de los derechos fundamentales de las personas, en las aulas universitarias o como fiscal especial del ministerio público. En medio de un ritmo extenuante de trabajo, Olaso no dejaba ni un día de buscar y hallar en Jesús su alimento y fuerza, para atenderlo en los más amenazados o desamparados.

Pero esto podía generar situaciones graciosas. Cierta vez, que dejó el cargo de director de prisiones, dijo que se iba con alivio porque –entre otras cosas– no tendría que atender más llamadas del padre Olaso, algunas hasta de madrugada, para advertirle sobre la situación de tal o cual preso. ¿Quién dijo que sólo se limitan al fútbol las estrategias de marcaje?

La combinación de la valentía de Olaso con su apariencia de fragilidad física, era imbatible en la resolución de conflictos. Se volvió leyenda la escena prototípica de una manifestación callejera, con estudiantes, encapuchados y uniformados, compartiendo –con todo entusiasmo– piedras, palos, botellas, bombas lacrimógenas, candela, balas y cocteles molotov. De repente, no se sabe de dónde, aparece Olaso, y se planta cual árbitro en el centro del escenario, con lo que el intercambio de obsequios cesa como por arte de magia. Todo el mundo tiembla. Nadie quiere ser el responsable involuntario de que Olaso se desintegre: ninguno sabe si después lo necesitará como defensor. Así fue creciendo el aura de Olaso el Pacificador. Lo divertido, y a la vez serio, es que los aparentemente fuertes revelan su debilidad y miedo, mientras que el presuntamente frágil en realidad es el fuerte,

y se lleva el gato al agua. Se manifiesta concretamente la advertencia del Señor: que mostrará su fuerza en nuestra debilidad. Pero eso ocurre si el discípulo –como Olaso, o Leocadio– vive en serio la contemplación para alcanzar amor.

Estar enamorado de Dios es una fuente inagotable de esperanza y ánimo en cualquier circunstancia. Nos catapulta por encima de nuestras pocas fuerzas, y nos llena de una alegría más honda que todas las tristezas y sufrimientos. Es la raíz inalterable del buen humor de que gozaron tantos seguidores notables de Jesús, a lo largo de la historia del cristianismo. Es la convicción indestructible de que, más allá de las apariencias desconcertantes, a un discípulo sincero del Señor no puede sucederle nada malo, ocurra lo que ocurra. Como indica el Apóstol Pablo en el capítulo 8 de la Carta a los Romanos, en todas las cosas (incluso las que parecen más penosas, desafiantes o desventajosas) Dios está trabajando para bien de los que lo aman, y absolutamente nada podrá separarnos nunca del amor de Cristo. Es la vivencia de quienes ya no tienen miedo, son libres y disfrutan del buen humor de las personas enamoradas de verdad.

Jorge Castro, SJ
Doctor en Teología